



DR. EZEQUIEL GARZON



PROLOGO

Desde hace largo tiempo he venido recopilando, paulatinamente, todo aquello que, en materia literaria, filosófica, moral y festiva, me impresionaba o deleitaba más en los libros, revistas y periódicos que llegaban a mis manos.

He formado así, con una gran parte de ese material, una colección de apuntes y trabajos literarios, que, publicados en un libro, pueden servir, a la vez que de solaz, de enseñanza a los entendidos y amantes de la buena lectura.

Casi desde niño, sentí predilección y gusto por toda **pl**ucubración literaria que, por su forma y corrección, despertara o moviera mis sentimientos y aficiones al respecto.

Y digo casi desde niño, pues no había alcanzado todavía la edad de diez y ocho años, cuando fuí designado por los Superiores de los Jesuitas que dirigían la enseñanza en el famoso Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fé, para regentar la cátedra de 2.º año de Humanidades.

No es extraño, entonces, que, con entera complacencia y sin mayor trabajo también, haya preparado ahora y publicado este libro, destinado en su principio, y únicamente, para mí y los míos.

Las flores, por más bellas que sean, no alcanzan a seducirnos tanto con su perfume y hermosura, si se las encuentra aisladas o esparcidas por diferentes lugares; pero si se forma con todas un hermoso ramillete, y sobre todo si ellas no se encuentran sujetas a la acción destructora del tiempo, como no lo están las hermosas flores literarias, su encanto, entonces, no es limitado, no es pasajero, y su contemplación y goce puede ser de todos los instantes de nuestra vida.

Es esto lo que me ha movido a no ser egoísta y a que los demás aspiren por igual esas esencias y gusten de esos placeres que tantas horas de esparcimiento espiritual me han proporcionado a mí en los ratos de relativo ocio o de relativo descanso de que he disfrutado en el laborioso y largo ejercicio de la magistratura.

Ruego al lector que no encuentre un motivo de censura en el hecho de haber dado cabida en este libro a tantas citas y textos latinos.

No he podido resistir a la tentación de hacerlo, porque siempre he sentido un indecible placer con su lectura, y no desearía privar tampoco de él a las personas conocedoras de ese interesantísimo idioma, que, aunque lengua **muerta**, tiene para mí grandes encantos de **vida**.

Por otra parte, he tenido buen cuidado de poner al margen o a continuación de cada cita la correspondiente traducción en castellano.

Y a propósito de este punto, del latín, he de referir aquí una anécdota, un caso que me ocurrió en la capital de Austria, hace algunos años:

Visitaba con mi familia, en Viena, un gran establecimiento u hospicio de ciegos, uno de los más notables en su género que había en Europa en aquella época.

Nos tocó de **cicerone** un distinguido joven, hijo del director general de la casa, culto e ilustrado. Al llegar a la gran biblioteca, compuesta de más de tres mil volúmenes, puestos a disposición de aquellos infelices, que pueden leerlos gracias a la forma de relieve en que se hallan escritos, me llamó la atención una hermosa inscripción que, en latín, se destacaba en la parte principal del salón.

Como nuestro acompañante observara el agrado que me causó su lectura, me preguntó si sabía yo ese idioma, invitándome, al contestarle que algo lo comprendía, a hablar en él.

Hacía como cuarenta años que, con motivo de haber estudiado la filosofía tres años o más en textos latinos y de no sernos permitido en las discusiones del aula emplear una sola palabra en castellano, había llegado a hablar regularmente dicho idioma.

Aunque olvidado bastante, pudimos, sin embargo, entendernos muy bien después de un rato de conversación.

Tenía este joven sólo 26 años, y había estudiado esa asignatura por espacio de nueve, o sea el tiempo fijado en los programas universitarios austriacos, y creo que también en los alemanes.

Al despedirnos, me dijo: "Señor, lo único que lamento es que mi padre esté actualmente en vacaciones, pues a no haber mediado esta circunstancia, Vd. lo habría oído expresarse en latín en un lenguaje rigurosamente ciceroniano".

Confieso que tuve tentaciones de prolongar mi estada en Viena sólo por conocer y oír a aquel hombre extraordinario.

En cuanto a la denominación o título que he dado a este libro, me ha parecido el de "Analectas" el más apropiado, dada la diversidad de material que contiene.

Florilegio, Trozos Escogidos, Antología, Miscelánea, etc., etc., no alcanzan, en rigor, según su significado estricto y propio, al significado general, amplio y etimológico de "Analectas", que, con arreglo a lo que enseña

el Diccionario de la Real Academia Española, es “la colección de trozos en prosa o verso, escogidos en las obras de uno o varios autores”; y, según la extensa significación griega, **cosas escogidas**, simplemente.

El lector apreciará si he estado acertado en la elección del material empleado, así como en su publicación, y si he tenido la suerte de alcanzar el **desideratum** aquél de: “omne tulit punctum qui miscuit utile dulci”, de Horacio; o sea en romance: “habrá obtenido la general aprobación el que haya sabido hermanar lo útil con lo agradable”.

Si así fuere, me sentiría feliz de que este sencillo trabajo, parecido al de la industriosa abeja, o al de un viejo jardinero que reuniese, pacientemente, las mejores flores de diversos jardines, pueda contribuir, como un modesto capítulo siquiera, a los festejos con que conmemoramos ahora el Centenario de la Constitución de la República.

Séame permitido terminar este breve prólogo, con el conocido y oportuno exámetro con que terminó el suyo, al publicar su interesante “Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana”, el ilustre catalán, Dr. Don Pedro Felipe Monlau:

Feci quod potui, faciant majora potentes.

Montevideo, Año 1930.

EZEQUIEL GARZON.

Andresillo

A Pedro Juan Bermúdez

¡La Libertad!, ¡El Pueblo! — iba gritando
Por calles y por plazas
Cuando el jardín se viste de heliotropos,
De azules lirios y de rosas pálidas.
¡La Libertad!, ¡El Pueblo!, repetía
Sobre el fango y la escarcha,
Cuando tiemblan los árboles desnudos
Y se encorvan las ramas.
Descalzo, el cuello al aire, mal prendido
El pantalón que a la rodilla alcanza,
Sobre el cabello inculto vieja boina
De dudoso color y rota malla,
Trigueño, endeble, sin descanso y ágil,
Por calles y por plazas,
A la lluvia y al viento,
Sobre el lodo y la escarcha,
Iba gritando con su voz ya ronca:
¡La Igualdad!, ¡La República!, ¡La Patria!

Se llamaba Andresillo y contaría
Diez primaveras a lo más. Su infancia
Fué una penumbra dolorosa y triste
Como aurora de un día de borrasca,
Un pasaje del Dante, una tragedia
Escondida en la bolsa de una larva.
Huérfano desde el punto en que sus ojos
Se abrieron a la luz, por mano extraña
Recogido del suelo del suburbio,
Hijo de la embriaguez y de la infamia
Creció entre denuestos e insultos, solo,
¡Sin escuchar jamás esas palabras
Que parecen el salmo de las cunas
Y que las madres verdaderas cantan!
Ni le vieron jamás sus compañeros
En los alegres coros de la playa,
Ni merodeó tampoco en los frutales
Que la ciudad circundan, ni su charla
Hizo sonreír al viejo transeunte
Que junto al grupo de chicuelos pasa,
Ni precedió a las tropas en revista
Al vivo son de la marcial charanga.

Creció en un antro conociendo el hambre.
Junto a un hogar sin llamas,
Y apenas supo andar, sus manecitas,
Sus manecitas por el frío cárdenas,
Ofrecieron temblando al pasajero
Esas hojas inmensas en que vagan
En orden apiñado
Las líneas negras y las líneas blancas.
Vendiese poco o mucho eran los golpes
Su recompensa diaria
Y fuerza fué agotar la mercancía,
**Gritando: ¡El Porvenir!, ¡La Democracia!,
¡El Combate!, ¡La Idea!,** con voz ronca
Bien estridente, alta,
Para aplacar la furia del verdugo.
De la mujer salvaje y sin entrañas
Que amparó porque sí, por hacer algo
Al hijo del misterio y de la crápula.
Si el niño — ¡Perdón, madre! — le decía
Entre un turbión de lágrimas,
Aquella furia contestaba alzando
Su diestra de gigante:
¡Tu madre fué una horrible mujerzuela,
Sucio aborto del mal!... ¡no llores!... ¡calla!...
En tanto un hombre que paseaba ebrio
Por la mísera estancia,
Azuzaba a la bruja murmurando:
— ¡Pégale hasta cansarte!... ¡Si es un mandrill —
Así entre el vicio, la miseria, el odio,
Junto a un maldito hogar, hogar sin llamas,
Pasó el pobre huérfano
La tenebrosa infancia,
¡La infancia de Andrésillo, un condenado
De que el Dante no habla!...

Una noche de invierno triste y fría,
Noche de lluvia sepulcral y opaca,
Andrés enfermo, pero alegre, listo
Y sin números ya, cruza una plaza
Pensando en lo sabroso de su cena
Y en lo caliente del jergón de paja.
No es fácil que le peguen, ha vendido
Cuanto quiso vender y aunque se halla
Quebrantado y con fiebre, sólo el frío
De la lluviosa noble le acobarda.

Con mano floja las carretas tardas,
Le vieron con asombro
Sobre el umbral oscuro de la casa
Rígido. inmóvil, azulado, muerto,
A la confusa claridad del alba.

Carlos Roxlo.

Canto a la ausencia

Es la vida una senda maldita
donde mueren el ave y la flor,
campo yerto, que nada produce
si falta la savia que nutre el amor.

Ese amor que en las horas felices,
nos promete fantástico edén
con placeres sin nombre, soñados,
en árabe cielo de incógnito bien.

Es tan dulce tejer ilusiones
la esperanza es un hada gentil
que refresca el espíritu siempre
y el alma perfuma cual rosa de abril.

Yo por eso, en la ausencia reanimo
el amor que eternal te juré,
y en mi pecho conservo tu imagen,
que alumbra mi vida y alienta mi fé.

Si en las noches de invierno, tan largas,
hasta el alma sintieras llegar,
tristes píos de helados zorzales
que buscan un nido caliente en tu hogar,

Prestales tus caricias mimosas,
si te acuerdas acaso de mí,
son mis pobres suspiros que viajan
tan sólo por verse más cerca de tí.

Y ellos viajan, mi bien, de tan lejos,
atraviesan la tierra y el mar,

El colibrí

¡Cuatrocientas especies! ¡Qué maravilla!
Cuatrocientas especies, cuyo plumaje
Como un río de piedras preciosas brilla
Sobre el follaje.

¡Son ópalos, diamantes, rojos rubíes,
Topacios y amatistas de cien facetas,
Los lindos picaflores, los mainumbíes
De alas coquetas!

¡Nunca están en reposo! No se suspende
Un minuto el zumbido de su aleteo,
Que nace, brilla y al cielo asciende
Como el deseo.

En busca de la dulce miel del aroma
Que encierran los capullos multicolores,
¡Se mecen de continuo, de loma en loma,
Los picaflores!

¡Lo mismo que nosotros que de la vida
Cruzamos por los curvos de la espesura,
Persiguiendo a la planta, siempre escondida,
De la ventura!

Con el halcón, que lleva sangre en el ceño,
Luchan valientemente los picaflores,
¡Nosotros nos batimos, por un ensueño,
Con los dolores!

Los zoólogos nos dicen que su fiereza
Al milano más duro pone en huída:
¡El alma, en sus combates con la tristeza,
Siempre es vencida!

Carlos Roxío.
